

W
28
(9309)

DOCUMENTO DE TRABAJO

9309

EL ABC DE LO ECONOMICO: A PROPOSITO
DE DOS TEXTOS INTRODUCTORIOS (*)

Ramón Febrero

FACULTAD DE CIENCIAS ECONOMICAS Y EMPRESARIALES - UNIVERSIDAD COMPLUTENS
Campus de Somosaguas. 28223 MADRID

EL ABC DE LO ECONOMICO: A PROPOSITO DE DOS TEXTOS INTRODUCTORIOS(*)

Ramón Febrero

Universidad Complutense de Madrid y

Director de la División de Empresariales del Centro de Estudios Superiores

"Ramón Carande"

Junio 1993

1. El economista y la economización de finales del siglo XX

Parece existir una cierta correlación negativa entre las condiciones económicas de una economía y la atención prestada por el público a los economistas y a la Economía. En realidad, esto no debería sorprender demasiado. Al fin y al cabo, en tanto enfermos potenciales sólo tomamos conciencia de la labor desempeñada por nuestros médicos cuando nuestra salud sufre quebrantos. Es comprensible que en tiempos de bonanza económica el público no se vea interesado por las controversias teóricas que desde siempre han mantenido los economistas. "If it works, don't fix it", parece ser la filosofía imperante en tales circunstancias. Sin embargo, desde los años 70, el ciudadano medio ha sometido a la ciencia económica a un escrutinio de magnitud desconocida en los más de doscientos años de vida oficial que el conocimiento económico lleva acumulados.

(*) Las reflexiones contenidas en este trabajo se nutren, en parte, de algunas de las consideraciones expresadas en Febrero 1992a, Febrero 1992b y Febrero 1993.

Razones no han faltado para el protagonismo de lo económico en la realidad social del último cuarto de siglo. Recuérdense las crisis económicas de carácter mundial de los años 70 y las financieras de los 80, la internacionalización de las economías, el empeño decidido en alcanzar una unión económica y monetaria en el entorno europeo, la quiebra del sistema económico socialista y la imperiosa necesidad del diseño de la senda de transición hacia el capitalismo, el general reconocimiento entre los gobiernos de todo signo político de las ventajas del mercado como mecanismo asignativo frente a la intervención pública y la planificación, y la revolución financiera materializada en la forma de sucesivas oleadas de innovación financiera en gran número de países. La lista es suficientemente persuasiva como para liberarnos de comentarios adicionales.

Entre las reacciones que suscita la labor del economista dominan, posiblemente, las de contenido crítico. Nadie duda hoy de la utilidad de conocer las relaciones fundamentales que ligán las variables clave de una economía. Nadie cuestiona la necesidad de análisis rigurosos que arrojen luz sobre problemas como el paro o la inflación. Pero cuando se trata de evaluar el éxito alcanzado por el economista en el diagnóstico y curación de los problemas económicos surgen dudas más que razonables. Hay quienes ven en el economista un predictor del pasado, que no del futuro. Los hay que interpretan el análisis económico como reducido al ámbito del dinero y de las actividades de mercado. Están, finalmente, los que convencidos de que el mundo es maleable cual barro en manos de un escultor se desesperan ante la mayor o menor prudencia (siempre considerada excesiva por quienes de tal modo piensan) con que los economistas diseñan sus acciones de política económica.

Ante ello, los economistas de factura más ortodoxa (léase orientación neoclásica) reclaman para sí la acumulatividad del conocimiento (sería

sorprendente, aunque no imposible, que un economista keynesiano formulara tal reivindicación). Hoy sabemos más que ayer, aunque no tanto como desearíamos. Se asume abiertamente el carácter imperfecto y empíricamente débil de la ciencia económica, pero ello no impide reconocer la importancia de los progresos del conocimiento económico logrados en las últimas tres décadas. En el campo de la microeconomía son notables los avances en la explicación del comportamiento humano, tanto del económico como del catalogado tradicionalmente de no económico. Hasta tal punto es esto cierto que hoy se habla del "imperialismo de la teoría económica" en el estudio de fenómenos tradicionalmente vinculados con la sociología, la ciencia política o el campo del derecho.

En el área de la macroeconomía hoy entendemos mejor por qué el voluntarismo político, superpuesto al mecanismo del mercado, es instrumento de muy elevado coste social y, a largo plazo, de efectos imposibles de sostener (tómese como ejemplo, de los muchos que podríamos considerar, el caso de la reciente política de tipo de cambio de la peseta). No se puede engañar a todo el mundo todo el tiempo ni imponer precios de equilibrio que el mercado no acepte como tales. El ejercicio de la política económica en economías de mercado es, ciertamente, tarea de gran dificultad. Hoy sabemos también que los agentes privados, en el ejercicio de la racionalidad individual, pueden compensar los efectos de las actuaciones gubernamentales presentes y terminan por descontar las medidas esperadas en el futuro. Comprendemos, además, por qué nuestro conocimiento no es tanto un conocimiento de lo que sucede en el corto plazo, en las sendas de transición entre equilibrios, como de lo que ocurre en el largo plazo: sabemos más acerca del largo que del corto plazo. El corto plazo es, en gran medida, una caja negra para los economistas (uno, entre otros, de los enigmas aún sin desvelar es el de la descomposición en el corto plazo de la renta monetaria entre precios y producción). Reconocemos, finalmente, que el diseño y la evaluación de los efectos de

las reglas de política económica constituyen ejercicios de una complejidad muy superior a la sugerida por los modelos IS-LM-curva de Phillips de los años 60 y primeros 70.

Parecería natural que las consideraciones que anteceden, resultado de la evolución de la moderna ciencia económica, se viesen reflejadas de una u otra forma en cualquier texto de introducción a la Economía publicado en los últimos años. Este no es, sin embargo, el caso general. Entre las excepciones se encuentran dos textos, vertidos al castellano durante el presente curso académico 92-93, a los que dedicaremos sendos comentarios.

Se trata de la *Teoría de los Precios* de David Friedman, publicada por el Centro de Estudios Superiores "Ramón Carande" en 1992, y la *Teoría Macroeconómica* de George McCandless, publicada por Prentice Hall en 1993. En ambos casos los autores son profesores de Economía de la Universidad de Chicago, centro universitario que, como es sabido, ha sido premiado durante los tres últimos años con el Nobel de Economía en reconocimiento de la labor desarrollada por Markowitz, Miller, Coase y Becker.

2. La microeconomía reinterpretada

Si usted es de los que piensan que la Economía es una disciplina circunscrita al tratamiento de los asuntos relacionados con el dinero o con las transacciones que se efectúan en el seno de mercados "explícitos", como de hecho mucha gente ajena al mundo académico piensa, entonces no hay duda: el texto de David Friedman es su libro de introducción a la Economía.

La concepción restrictiva de la Economía como ciencia del mercado podría llevarnos a la engañosa conclusión de que la ciencia económica es de escasa utilidad para el estudio de aquellas economías en las que el mercado juega un papel menor o mínimo. El caso particular de la economía española podría ser un ejemplo pertinente. España ha constituido tradicionalmente una economía donde el mercado jugaba, en el mejor de los casos, un papel secundario en la asignación de recursos. Salvo limitados y tardíos intentos de liberalización, la economía española se apoyó hasta entrados los 70 en un alto grado de intervención pública a través de un entramado de regulaciones cuyas secuelas son aún claramente apreciables. Esta intervención no se reflejaba en los convencionales indicadores presupuestarios relativos al gasto público e impuestos. Sin embargo, un breve repaso a la historia económica española del último siglo nos revela la existencia de episodios que dificultaban o imposibilitaban la competencia intra e internacional de la economía española. A modo de listado no exhaustivo podríamos mencionar el secular proteccionismo comercial de la industria siderúrgica y textil, las barreras a los movimientos internacionales de capital, el control del sistema crediticio (fijación de tipos de interés activos y pasivos, financiación privilegiada hacia sectores declarados prioritarios, deuda pública automáticamente pignorable, ...), la legislación financiera inductora de mercados de valores estrechos o una legislación laboral que convertía la mano de obra en factor de producción fijo.

En una economía como la española parecía dominar la creencia de que era más apropiado saber Derecho que Economía. Conocer los entresijos de la legislación de contenido económico se interpretaba más fructífero que dominar las leyes de funcionamiento de unos mercados cuya existencia era, al fin y al cabo, más virtual que real. No es casualidad que una parte significativa de los economistas hoy considerados maestros por el resto de la profesión se formaran como juristas antes de adentrarse en el estudio de

la Economía; cierto es, también, que hasta finales de los años 40 la universidad española (la Universidad de Madrid, concretamente) no produjo las primeras promociones de licenciados en Economía. Tampoco es casualidad que durante décadas el principal demandante de economistas no fuera el sector empresarial (se preferían abogados o ingenieros a economistas) sino la Administración Pública, necesitada ésta de expertos en regulación (controles, prohibiciones y autorizaciones), planificación (planes de desarrollo) e intervención pública directa (empresas públicas).

Hoy, la economía española comienza a exhibir caracteres bien distintos, no exentos, sin embargo, de una naturaleza claramente contradictoria. En la última década el sector público se ha consolidado como el agente económico de mayor importancia según las cifras de la contabilidad nacional. Simultáneamente, las expectativas desencadenadas por la proximidad de un mercado único europeo han hecho que *mercado y competitividad* y, como corolario, *libertad de elegir*, vayan convirtiéndose de modo paulatino en slogans de aceptación general entre empresarios, consumidores, inversores e, irónicamente, la propia Administración Pública. No es nuestra intención valorar si tal aceptación es nominal o efectiva; baste decir, en cualquier caso, que los ojos se han vuelto hacia el mercado como mecanismo de asignación de recursos.

Libros como el de Friedman nos recuerdan que la Economía no es sólo la ciencia del mercado. Su lectura le permitirá comprobar que la Economía también extiende su campo de aplicación a la actividad desarrollada fuera del mercado e incluso a comportamientos de naturaleza aparentemente no económica. La propia intervención pública (comportamiento político, regulación, comportamiento burocrático, ...), a la que antes nos referíamos al hablar de la economía española, es susceptible de análisis por parte de la ciencia económica.

La idea que domina en el trabajo de Friedman es que la Economía no se limita a responder a un conjunto de preguntas concretas, sino que es una forma de comprender el comportamiento humano. Esta forma de comprensión del comportamiento humano toma como nociones centrales las de racionalidad individual y equilibrio. A quien esté familiarizado con las contribuciones de Gary Becker (1976) le bastará una lectura superficial del texto de Friedman para descubrir en él la influencia del premio Nobel de Economía de 1992. No es de extrañar que el libro incorpore un elogioso prólogo de Becker. Dicho esto, tampoco debería sorprender que sea la inclusión de aplicaciones no convencionales del análisis económico un elemento distintivo fundamental que el libro de Friedman presenta respecto a otros sustitutivos disponibles en el mercado de introducciones a la Economía.

La aproximación beckeriana al estudio del comportamiento humano nos lleva, por ejemplo, a interpretar el Código Penal como una lista de precios asociados con cada una de las conductas tipificadas, a los niños como bienes de consumo duradero que generan rendimientos psíquicos y monetarios a los padres, a los trabajadores como stocks de capital humano resultado de inversiones previas en educación y formación profesional y a las parejas como el resultado de actos de elección por parte de hombres y mujeres con el propósito de maximizar sus rentas.

La incorporación por parte de Friedman de sendos capítulos dedicados al mercado político, a la Economía del derecho y del comportamiento delictivo, y a la Economía del amor y del matrimonio, convierten al texto en un puente que facilita la conexión entre la Economía y otras ciencias sociales. Este rasgo hace del libro de Friedman un instrumento apropiado para la adquisición de conocimientos económicos en titulaciones universitarias centradas en el estudio de la sociología, el Derecho y la ciencia política. Paralelamente, el libro descubre al estudiante de Economía

y Administración de Empresas un campo de aplicación del análisis económico mucho más amplio que el descrito por los textos tradicionalmente empleados en la universidad española.

En contraste con una tradición algo arraigada entre los autores españoles y, afortunadamente, en franca decadencia, el libro de Friedman no recibe al lector que por vez primera se adentra en la Economía con un compendio más o menos exhaustivo de definiciones y clasificaciones de la ciencia económica. Bien es sabido que las tareas taxonómicas en torno a lo que es y no es lo económico, a lo que verdaderamente constituye o no un bien en sentido económico, a lo que es o debería ser el objeto material o formal de la Economía, ... generan pobres resultados desde un punto de vista pedagógico. Se puede intentar describir, pero irremediablemente el sabor del pastel sólo se conoce tras probarlo. Esta parece ser una estrategia empleada por Friedman a lo largo del texto. Para ello, emplea diversos recursos; entre ellos, "puzzles", "chistes económicos" y numerosos ejemplos cargados de apreciable intuición. Conviene advertir al lector que Friedman dota a su libro de un estilo desenfadado y, en no pocas ocasiones, provocativo.

En cuanto a su utilización docente, el texto de Friedman puede emplearse tanto en cursos de iniciación a la microeconomía como en cursos de microeconomía intermedia. El libro contiene 22 capítulos y está subdividido en 6 secciones. La sección quinta, la referida a aplicaciones no convencionales, constituye, en sí misma, un buen complemento para cualquier texto más convencional de microeconomía y puede ser de gran utilidad para estudiantes de otras ciencias sociales. Las cinco secciones restantes incorporan la materia propia de cualquier libro de microeconomía de este nivel. Al igual que sucede con el texto de McCandless, el empleo de las matemáticas no representa una *barrera de entrada* para la lectura del libro de Friedman. Friedman relega el

tratamiento analítico a epígrafes opcionales ubicados al final de cada capítulo. Esta característica, muy deseable en tanto libro de introducción, se vuelve, en cambio, limitativa cuando se pretende su utilización como texto para un curso intermedio más matemáticamente orientado.

3. El frustrante mundo de la macroeconomía

Para el lego en Economía la macroeconomía se reduce a unas cuantas palabras: inflación, paro, déficits de las administraciones públicas, devaluación y, de un tiempo a esta parte, indicadores de convergencia. Basta enunciar esta breve lista para que cualquiera entienda qué cosas preocupan a la macroeconomía y a los macroeconomistas.

Pero no menos preocupante y, sin duda, no tan fácil de entender, es que esa literatura llamada macroeconomía que, tal y como es interpretada convencionalmente, nace en los años 30 de este siglo, haya generado en su relativamente corta vida un número tan elevado de modelos mutuamente excluyentes, todos ellos supuestamente capaces de explicar un mismo conjunto de fenómenos. Si le parece exagerada esta afirmación, elija al azar a dos amigos economistas y pregúnteles qué causa, según ellos, la inflación o el paro. Comprobará cuan baja es la probabilidad de coincidencia de diagnóstico.

No es éste lugar para extenderse en reflexiones en torno a la historia de la macroeconomía, pero como ilustración de lo expuesto en el párrafo anterior permítame el lector sugerirle una forma sencilla de tomar conciencia de las variantes macroeconómicas disponibles. Construya un cuadro de doble entrada. De un lado distinga entre la macroeconomía agregativa, estilo de hacer macroeconomía dominante hasta los años 70, y los modernos microfundamentos de la macroeconomía. De otro lado, distinga entre la aproximación clásica o neoclásica y la aproximación

keynesiana al estudio de la macroeconomía. Le anticipo que de la construcción de este cuadro no obtendrá cuatro respuestas, sino unas cuantas más.

La macroeconomía se ha convertido en el campo del conocimiento económico que más cambios, y de mayor entidad, ha experimentado en los últimos veinte años. Para muchos economistas la macroeconomía representa una fuente constante de frustraciones; aquéllos que se graduaron en los 70, o antes, y han venido ejerciendo su profesión fuera del mundo académico, encuentran sumamente difícil, cuando no imposible, comprender el contenido de los artículos de macroeconomía que las revistas especializadas de los años 80 y 90 contienen. En lugar del diagrama IS-LM o el multiplicador del gasto autónomo, los actuales artículos de macroeconomía exhiben agentes representativos, diagramas de fase o ecuaciones de Euler.

Para otros economistas, normalmente las generaciones más jóvenes, los cambios experimentados por la macroeconomía son un síntoma de vitalidad científica, un testimonio del proceso de destrucción creadora por el que pasa la literatura y, en cualquier caso, un desafiante reto que están dispuestos a aceptar e intentar superar. Para estas generaciones de economistas, el que la macroeconomía sea hoy difícilmente distinguible de lo que treinta años atrás se denominaba *economía matemática*, representa un acercamiento de la Economía a esas otras disciplinas que, tradicionalmente, han gozado del reconocimiento de su carácter científico. Desde la perspectiva de los jóvenes economistas académicos, la Economía estaría alcanzando su mayoría de edad como disciplina científica.

Mientras tanto, el hombre de la calle observa con perplejidad el mundo de los economistas, académicos y no académicos. No termina de entender por qué es tan compleja la explicación y resolución de fenómenos tales como el desempleo o la inflación, o por qué parecen

irremediables las fluctuaciones cíclicas del nivel de actividad económica. Alcanza, eso sí, a descubrir en los economistas un lenguaje esotérico, al tiempo que suele, resignadamente, acabar por comparar el éxito predictivo de los economistas con el de los meteorólogos.

Por su parte, los políticos, siempre a medio camino entre el hombre de la calle y el técnico, el economista, suelen manifestar cierta propensión a interpretar el mundo económico como un mundo maleable, como si la Economía fuera una disciplina ingenieril y el voluntarismo político un instrumento capaz de suplir esas leyes, más o menos invisibles, de funcionamiento de los mercados y de comportamiento optimizador de los individuos. En oportunidades como ésta, resulta apropiado recordar lo que me decía un economista, muy respetado en nuestro país, en una conversación mantenida meses atrás: "es posible que el economista no sepa mucho acerca del funcionamiento de la economía, pero los no economistas saben, sin lugar a dudas, aún mucho menos".

No sé hasta qué punto será así en otros países, pero en España, de un tiempo a esta parte, viene reivindicándose entre los políticos la preferencia por una política microeconómica en desfavor de la política macroeconómica. Lo que subyace tras esto es el reconocimiento del fracaso de las políticas macroeconómicas (monetaria y fiscal) aplicadas en los últimos años en la lucha contra la inflación y el paro. Resulta curiosa esta defensa de la microeconomía frente a la macroeconomía. La curiosidad radica en que un fenómeno relativamente paralelo, aunque motivado por razones distintas, se ha venido dando en el mundo académico de los economistas. Desde los años 70, la macroeconomía se ha ido microeconomizando. Este proceso de microeconomización es el responsable de esos profundos cambios acaecidos en la literatura macroeconómica a los que aludíamos más arriba. Hoy se distingue entre una macroeconomía agregativa, dominante hasta los años 70, que engloba

el keynesianismo de la *síntesis neoclásica* y el *monetarismo*, y los llamados *microfundamentos de la macroeconomía*, denominación bajo la cual se incluyen líneas de investigación tales como la *nueva macroeconomía clásica* y la *nueva macroeconomía keynesiana*, además de la *macroeconomía del equilibrio no walrasiano*.

El libro de McCandless constituye una introducción a ese mundo de la macroeconomía que, por lo dicho más arriba, bien podríamos calificar de frustrante y desafiante. El autor persigue en su exposición un delicado equilibrio entre sencillez, rigor y modernidad, tarea de la que, ciertamente, sale airoso. La *Teoría Macroeconómica* de McCandless se diferencia de textos pretéritos que iniciaban el estudio de la macroeconomía a partir de una discusión excesivamente pormenorizada de la contabilidad nacional. Esta estrategia pedagógica ha llevado al estudiante a confundir, con más frecuencia de la deseable, "estados contables" con "teoría económica", es decir, "medición" con "comportamiento". En su lugar, el libro de McCandless toma como punto de partida el análisis elemental del comportamiento de consumidores y productores, esto es, inicia su andadura a partir de rudimentos microeconómicos.

El texto abarca, a lo largo de sus 18 capítulos, tanto la macroeconomía convencional o agregativa como aspectos propios de la moderna microfundamentación de la macroeconomía. El libro aborda la caracterización diferencial de las aproximaciones clásica y keynesiana, las posibilidades de intercambio entre paro e inflación que realmente se ocultan tras la curva de Phillips, los mecanismos de formación de expectativas (incluido el de Muth), la explicación del ciclo económico, la conceptualización de las relaciones entre gobierno y demás agentes como un juego y la extensión del análisis macroeconómico a una economía abierta, además del estudio del dinero y su papel en las fluctuaciones cíclicas.

En una obra introductoria de dimensiones convencionales es natural que se produzcan exclusiones de parte de la literatura, especialmente de aquélla que incorpora una complejidad que sobrepasa el nivel de un estudiante de un primer curso universitario de macroeconomía. Estas inevitables exclusiones pueden revelar, por otra parte, las preferencias y sesgos del autor. En el mercado de libros introductorios, ejemplos paradigmáticos podrían ser los de Lipsey o Samuelson, la inmensa mayoría de los textos han mostrado tradicionalmente un sesgo keynesiano. En McCandless, por el contrario, la orientación dominante es la neoclásica. El autor opta por prescindir de referencias a los fundamentos microeconómicos de carácter keynesiano: modelos de precios fijos y nueva macroeconomía keynesiana. En descargo del autor debemos decir que tampoco hay una consideración explícita de la moderna literatura neoclásica de ciclos reales.

Otro elemento distintivo del libro radica en el tratamiento de los enfoques agregativos keynesiano y clásico. El autor no hace uso explícito de los diagramas IS-LM, si bien razona en términos de demanda y oferta agregadas. Esto puede decepcionar a quienes todavía creen que macroeconomía y síntesis neoclásica constituyen una unidad indivisible y que, consecuentemente, no hay mejor forma de adentrarse en el razonamiento macroeconómico que aprendiendo a mover hacia izquierda y derecha las curvas IS-LM. En cualquier caso, se podría haber incluido un capítulo dedicado al diagrama de Hicks sin alterar la línea expositiva del libro.

El carácter introductorio del libro se refleja en su sencillo estilo expositivo y en la ausencia de aparato matemático, este último siempre disuasorio en obras introductorias. A pesar de ello, y éste es un gran mérito del autor, el texto acerca al lector a áreas de la literatura macroeconómica tradicionalmente propias de textos intermedios o incluso

avanzados. Nos referimos especialmente a la literatura de expectativas racionales, al modelo de Lucas de ciclos de equilibrio, a la teoría de juegos y su aplicación a la macroeconomía estratégica, y a la literatura de la elección pública en su conexión con la política macroeconómica. Este es el rasgo más sobresaliente y la aportación más valiosa del trabajo de McCandless.

4. Programación académica y Economía básica: a modo de epílogo

¿Qué contenidos deben incluirse u omitirse en un curso de introducción a la Economía? No parece que sea ésta una pregunta de respuesta exenta de posible controversia. Desde luego, lo que no parece ser es una pregunta que pueda responderse de una vez para siempre. La propia evolución de la ciencia económica, al ritmo al que se produce la consolidación de las agendas de investigación que incorporan nuevas aportaciones, impone el carácter cambiante de la respuesta.

Cuando repasamos la historia de la enseñanza de la Economía en España, aunque incómodo, es innegable el hecho de que la llamada revolución keynesiana de finales de los 30 fue descubierta en nuestras aulas en los años 60 o que la denominada revolución de las expectativas racionales y del empleo de los modelos de equilibrio dinámico de los primeros 70 (no nos referimos a los modelos IS-LM-curva de Phillips + expectativas racionales) sigue sin incorporarse, con carácter general, en los cursos introductorios o intermedios.

Si prestamos atención al campo microeconómico, la impresión no es mucho más positiva. ¿Cuántos de los recién licenciados en Economía conocen, al menos superficialmente, las contribuciones de Markowitz, Sharpe, Miller, Coase o Becker, autores premiados en los últimos años con

el Nobel de Economía por aportaciones realizadas varias décadas atrás? Lamentablemente, la respuesta no puede ser más desesperanzadora.

En parte, estos sempiternos retrasos en la renovación de los contenidos de los cursos elementales de Economía en España obedecen a una inadecuada elección del libro de texto. La consideración de otros factores explicativos nos llevaría a extendernos más allá de lo previsto para esta ocasión. Es posible caer en la tentación de pensar que tanto las contribuciones de los Nobel referidos más arriba como los contenidos de la moderna macroeconomía son demasiado "complicados" como para ser materia de enseñanza en un primer o segundo curso universitario de Economía. Hay quienes sostienen que, antes de abordar estas materias, el alumno debe enfrentarse a una sucesión de cursos específicos de matemáticas avanzadas, programación dinámica, teoría de juegos y econometría. A los que tengan esta visión de la Economía como ciencia inexpugnable, esto es, de disciplina con proposiciones fundamentales cuya comprensión es sólo alcanzable por unos pocos, les invito a que hojeen los libros de Friedman y McCandless.



REFERENCIAS

Becker, Gary S. (1976), *The Economic Approach to Human Behavior*, (Chicago: University of Chicago Press).

Febrero, Ramón (1992a), "Becker y el Imperialismo Neoclásico", *Cambio* 16, nº 1092.

Febrero, Ramón (1992b), "Prólogo a la Edición Española", en Friedman (1992).

Febrero, Ramón (1993), "Prólogo a la Edición Española", en McCandless (1993).

Friedman, David D. (1992), *Teoría de los Precios*, (Madrid: Centro de Estudios Superiores "Ramón Carande").

McCandless Jr., George T. (1993), *Teoría Macroeconómica*, (Madrid: Prentice Hall).